

El libro es como una cinta policial apasionante. El General Sánchez Salazar cuenta con máxima sencillez los medios de que se valió para rodear a los conjurados en terminar con la vida del famoso Leo Davidovich Bronstein, o sea León Trotzki. Se reparten ríos de dinero para obtener esa terrible finalidad, pero nunca queda claro y definitivamente probado el hecho de que sea la G. P. U. la autora en la sombra del crimen. Lo cierto que el desaparecimiento de Trotzki le quita a Stalin del camino a uno de sus más temibles y poderosos enemigos.—L.



«HOMBRES DE RELONCAVÍ», por *Julio Silva Lazo*

Si Julio Silva Lazo, autor de este hermoso libro de relatos, se hubiera limitado a no poner en él sino los que se refieren a esas gentes de Reloncaví, habría conseguido algo muy interesante para su obra literaria: darle mayor unidad al volumen y que éste fuera al propio tiempo la historia viva y novelesca de una región que aun no había sido incorporada a nuestra geografía literaria.

El libro de Silva Lazo respira sabor chileno por todas sus líneas. Es el caso curioso del muchacho que un día hastiado de la existencia del burócrata, se lanza en busca de su destino, confiado en lo que puede hacer su voluntad y su decisión. Abandona el empleo que tiene en el Ministerio de Fomento y se lanza a la aventura, al encuentro de su suerte, en ese país de bosques, de grandes ríos y de selvas impenetrables castigadas con frecuencia por la furia de los vendavales. Y de este modo es pescador y conoce las noches en medio del misterio del mar y los amaneceres en que la lluvia y el frío le hacen sentir terriblemente que aquello a lo cual se lanzó denodadamente no es juego de niños, si no la existencia ruda de los hombres que se enfrentan con todas las inclemencias de la naturaleza.

Julio Silva se convierte de este modo en un pionero, en uno de esos hombres a quienes no arredra ningún peligro ni sorpresa por súbita y desagradable que ella sea. Dormir al raso es lo de menos. Pero pasar días enteros sin comer arreando un piño de animales montaraces, y luego experimentar los rigores de las noches australes, es como nacer de nuevo a otra vida. Bien diferente por cierto a aquella en que hasta entonces había hecho, junto a un escritorio y frente a una máquina de escribir, redactando informes en que se habla casi siempre de cosas vagas que no se conocen sino de oídas. Y esto otro era la vida misma sin rehuirla a ninguna situación por difícil que ella se presentara.

De ahí, de sus andanzas, de sus recias vivencias han nacido las páginas de este volumen, escrito en forma directa, como cuando uno se encuentra con un amigo y se pone a contarle lo que le ha pasado durante el día. En el volumen, preferimos los relatos de Reloncaví y nos parece que «La Creciente», y «Comprando hacienda», son lo mejor que ha realizado este autor, al referirse al medio en que ha vivido. Escrito en forma sencilla, simple, sin recursos literarios, nos parece que hay en esas dos narraciones un sentimiento profundo de lo que es la gente de esa tierra, y la naturaleza en medio de la cual vive. Sin pretenderlo, en «La Creciente», Silva Lazo ha conseguido dar una sensación maravillosa, estupenda, de primitivismo, de instinto, de esa adivinación del hombre que aprende en medio del silencio y a lo largo de los caminos algo que no podría aprender en ninguna otra forma. El río Puelo, la montaña, el volcán lejano, con su tronar, dan en cada instante la sensación magnífica del grandioso escenario. Y luego ese don Riquelme, chiquito, mentiroso, arriesgado, que pretende cruzar el Puelo, cuando está enojado, cuando ya se le oye su tremendo ronquido, que domina los valles, los glaciares y la húmeda cerrazón de los bosques de lengas y quilantos por donde se meten los empecinados animales del arreo, es todo un símbolo.

En «Comprando hacienda» vemos otro aspecto muy típico

del hombre de la pampa, o de la estepa patagónica. El negocio es lento y entre mate y mate mientras sobre las brasas se asa un chiporro, el negocio no adelanta. Y fracasa por último. El libro de Silva Lazo es como una fotografía en relieve. Pero una fotografía a la cual se le ha agregado la emoción palpitante de la vida. De una vida llena de interés y de peligros. Es un gran libro chileno.—L. D.



«ALIMENTACIÓN Y LENGUAJE POPULAR», por *Oreste Plath*

La literatura folklórica en nuestro país, cuyos representantes máximos fueran don Ramón Laval y don Julio Vicuña Cifuentes, no siempre ha recibido acogida en el público ni en las editoriales. Y esto por una razón simple. No es que este género literario no tenga importancia, pues, como veremos más adelante, la tiene y fundamental, ya que el folklorista representa el mismo papel que el erudito: recopila material que más tarde el historiador o el artista ha de dar forma. Labor, por demás ingrata, pues no es percibida por el público y que requiere en su cultor un espíritu de sacrificio y de abnegación extraordinarios. El folklorista debe eliminar, mejor, prescindir de su persona; dejar a un lado la creación personal, para entregarse única y exclusivamente a recoger datos sin adornarlos ni alterarlos y presentarlos en toda su desnudez.

El público de por sí cómodo, no percibe esta labor de benedictino. Si agregamos a esto que en su inmensa mayoría les agrada las novelas o creaciones imaginativas que los haga olvidar por un momento las preocupaciones cotidianas, fácilmente comprenderemos el porqué del fracaso de librería de las obras eruditas en general, de por sí áridas e insípidas.

Y no tiene acogida en las editoriales, pues éstas están dis-